

POEMA A MAGDALENA SALAMANCA EN SU 42 CUMPLEAÑOS

Después de los 42 jinetes con cabelleras luminosas
que invadieron mi descanso,
coloreado el denso silencio de la noche
besado mi piel nocturna
mientras las campañas de mi escritorio
anunciaban la llegada de una nueva edad.
La zapatilla golpeaba con fuerza mis sueños
trazando líneas como caminos que se abrían
descomunadamente firmes entre las conexiones
ocultas de un prodigioso porvenir.
Tú me sonreías desde el otro lado y me decías:
Templanza, has de tener mucha templanza.
Para que entiendas los vaivenes de la vida
has de forjar tu espíritu, tener un futuro.
Yo navegaba con tesón tus palabras,
algunas se enfrentaban a mí como gigantescas olas
a punto de romper mi sueño,
otras traían la paz a mis aguas, una paz inhóspita,
como la caricia tierna de una madre enamorada.
Hubo palabras para el consuelo y
también las hubo para la desesperación.
Palabras como bailarinas que desnudaban mi deseo
cuando las profundas aguas me sumergían al goce más prohibido.
¡Despierta! me gritabas desde la infancia
sal al mundo, en él la realidad y el amor.

Y yo, siempre prematura, abría mis ojos
con torpeza, cegada por la luz de tus palabras.
La realidad no es lo que ves, la realidad te mira,
se posa bruscamente sobre tus días
y no perdona. Grita: Haz lo que conviene.
¿Y el amor? Te pregunté.
El amor te atrapa con sus garras
como un águila salvaje, te eleva a lo más alto,
te hace volar sin alas y no sabe de lo bello.
Él trabaja para unirte a un hombre
y que tu vientre alimente el ansia de la inmortalidad.
Y ¿entonces? Los 42 jinetes que acunan mis sueños
esos, querida, son tu inconsciente.

Magdalena Salamanca